

RESEÑAS

Beatriz Pastor Bodmer: *El jardín y el peregrino. Ensayos sobre el pensamiento utópico latinoamericano, 1492 - 1695*. Amsterdam - Atlanta: Editions Rodopi B.V., 1996; 366 pp.

Con este libro Beatriz Pastor vuelve a la secuencia histórica de su especialidad, la del descubrimiento, conquista y afirmación del sistema colonial en la América española, para echar nueva y formidable luz sobre los discursos conspicuos –literarios o no– que tienen como referentes esas épocas y sus distintas contradicciones. La propuesta central del libro es que la utopía en América no se circunscribe a la formulación de modelos ideales, sino que delimita un espacio simbólico de exploración de los límites. Se trata de un espacio epistemológico y discursivo donde se juegan y fuerzan hasta el extremo las contradicciones –personales, sociales, de género, clase y raza– que marcan las coordenadas de vencedores y vencidos, de guerreros y monjes, de hombres y mujeres. La utopía es, en la América colonial, el ámbito de la búsqueda y de la neutralización simbólica de los horrores de la subyugación, la opresión, la explotación y la marginalidad.

En esas reflexiones el concepto instrumental de más importancia es, como se supone ya, el de “pensamiento utópico”. Este no ha de ser confundido con la utopía, hacia la que desiderativamente tiende, pues no es un espacio ideal sino una diná-

mica de resolución de contradicciones que impulsa pensamiento y escritura, y a veces sus referentes de acción, hacia la neutralización de impasses históricos, sociales y culturales. Sería una suerte de “función utópica”, pero mejor aún desde que la autora pone con acierto el énfasis en las negociaciones del sujeto, en su voluntad, deseo, motivaciones y figuraciones, y no sólo en las acciones que lo llevarían al encuentro de la armonía. Se trata, entonces, del pensamiento de alguien que busca resolver su conflicto, y el conflicto de gente como él o ella, y no sólo del movimiento genérico hacia estados de ideal plenitud. Se trata de alguien situado en suelo americano, que ya comprueba serias contradicciones en su situación y actividad pero que todavía siente a América como un locus utópico, es decir, como el lugar de la posible armonía.

Con esa tesis de base y estos planteamientos metodológicos Beatriz Pastor va avanzando en el análisis de las intersecciones entre la dinámica utópica y el pensamiento imperialista que despliegan las cartas de Colón, las relaciones de Cortés, Bernal Díaz, Cabeza de Vaca y otros, la épica de Ercilla; el milenarismo cómplice de franciscanos como Motolinía y Sahagún; la disidencia revolucionaria de Bartolomé de las Casas; la rebelión feminista de Sor Juana; la negociación del trauma en las versiones indígenas de la conquista de México, los Comentarios Reales del Inca Garcilaso y la Nueva Crónica de Guamán Poma. “Avanzar en

el análisis" es aquí una expresión muy precisa y muy justa, pues la autora no deja sus materias más o menos en el estado en que las encuentra su prolija revisión, sino que las trasciende ampliamente y las coloca en nuevos puntos de entendimiento y discusión. Por ejemplo, en el caso esclarecido del Inca Garcilaso (Cap. XI, "El sueño de la razón"), en que una densa bibliografía haría pensar en un campo demasiado acotado ya y, por lo tanto, poco propicio a nuevas delimitaciones conceptuales, Beatriz Pastor añade a los *Comentarios* una desapercibida dimensión utópica, que subordina y trasciende los utopismos que la crítica suele encontrar en ese libro (la memoria idealizante del Incario y la posibilidad de retorno a una utopía andina). El énfasis en la armonía del Incario, como memoria y modelo, le serviría entonces a Garcilaso, según la autora, para articular el posible diálogo armonizante entre los mundos occidental y andino; esto es, para cifrar la utopía mayor de una armonía posible entre dos mundos en conflicto. Con vistas a favorecer ese diálogo Garcilaso se empeñaría, según Pastor, en presentar al indígena como un interlocutor idóneo ("legitimación del sujeto"), a su lengua como muy capaz de transmitir complejidad y riqueza ("autorización del mensaje"), y al conocimiento del universo destruido como base de inteligencia y acuerdos ("creación de un espacio simbólico de negociación" -p. 312ss).

Uno de los grandes recursos de este libro es el análisis textual. El análisis serio, riguroso y oportuno -que en los últimos años había caído en desuso, sustituido por la paráfrasis o la cita de mero valor denotativo- reencuentra en este volumen su función excelsa: dar fundamento racional a cada enunciado crítico de alcance, mediante un ejercicio de exhaustivo desmontaje y remontaje de textos concretos. Se trata de un ejercicio que, en este caso, agota la letra, lee los intersticios, sacude y recircula las evidencias, interroga los silencios y ausencias, renaturaliza las significaciones, problematiza los

puestos de la enunciación y hasta presiona las lógicas al uso (se vale, por ejemplo, del punto neutro, o "neuter, es decir, ni lo uno ni lo otro" -230- distinto del punto intermedio y del mixto de las oposiciones binarias -69s) para hacerle rendir al texto una versión casi siempre inédita, pero auténtica, de su sentido y funciones. Por ejemplo, la aplicación de la lógica de lo neutro le sirve a Pastor para aclarar el lugar de Sor Juana, como mujer, a la luz del "Romance 48": un lugar que se sustrae a la categoría de los opuestos sexuales, lo que "no indica rechazo de la mujer sino de la uxor, es decir de la mujer que crea específicamente la posesión masculina" (231).

Mas es en el capítulo dedicado a las versiones indígenas de la conquista de México ("La escritura del trauma") donde la autora luce sus facultades analítico-explicativas en todo su esplendor. Así la palabra "huecos" de un pasaje de Historia de la nación Chichimeca nuclea su pormenorizada lectura de "la irremediable ausencia" (257). De donde resulta que "[l]a realidad que contempla Alva Ixtlilxochitl es una realidad de 'huecos'. Dejados por pilares, por portadas, por todo un mundo del que no quedan -igual que del maravilloso palacio de Netzahualcoyotzin- más que ruinas..." (id.). Por otro lado, la destrucción que enumera el poema introductorio de la Relación anónima de Tlatelolco pasa por verbos que, en efecto, disocian al sujeto enunciador de la acción enunciada (v.gr.: "nos pasó", "vimos"), lo que lleva a la autora a entender que la escritura del trauma no sólo acusa la destrucción del mexica, sino que revela, al mismo tiempo, el inicio de la construcción de un nuevo sujeto colectivo: el vencido, el colonizado (261ss). Por otra parte, su análisis de la temporalidad en la misma Relación la lleva a considerar la derrota mexica como "una elipsis insoslayable, una ausencia cuyos contornos delinean una serie de opciones estilísticas" (266). Es que el texto, como bien prueba la autora, anuncia una batalla que no se narra -sólo se

indica— y cierra un relato que nunca tuvo lugar. Lo que la lleva a postular, con toda razón, que la dimensión de la pérdida y el trauma correspondiente sólo pueden articularse acumulando “en las márgenes del vacío [...] indicaciones, rastros, huellas”. (268).

El libro se compone de cuatro secciones de tres capítulos cada una, con un total de doce capítulos. La primera sección, que da título al libro, investiga América como locus utópico y, por ende, objeto de deseo —“el jardín”, el paraíso— de “peregrinos” como Colón, Cortés, Bernal, Vespucci, Cabeza de Vaca, Ercilla; también, desde que el deseo es “inseparable [...] del horror” (40), como lugar del temor a la alteridad, negadora del impulso utópico.

La segunda parte, “Los buscadores del reino”, considera los trabajos misioneros de los franciscanos en el Nuevo Mundo —no exentos de contradicciones entre sí— como fundadores de la “nueva iglesia y del milenio de la armonía” (97) previstos por Francisco de Asís, Joachim de Fiore y Raymundo Llull. Investiga también la razón analítica de Zorita, que intenta una primera legitimación de la alteridad, y las voces disidentes de Montesinos y Las Casas, más la utopía revolucionaria, aunque irrealizable (una comunidad en la que vivan en justicia y paz españoles y nativos —140-144) de este último.

La tercera sección, “Clausuras históricas y espacios simbólicos alternativos” investiga los conventos de monjas no como lugares de repliegue solamente, sino, a la luz del caso egregio de Sor Juana, de repliegue y expansión al mismo tiempo, liberadores por lo tanto “de la incómoda condición femenina” del siglo xvii (194). Y aunque la jerarquía eclesiástica —el poder masculino— llegue hasta el claustro e imponga a las monjas reclusas la escritura en confesión de sus íntimos pensamientos, Sor Juana encuentra en el aislamiento de la celda el espacio apropiado a su actividad transgresora: el cultivo del saber. De acuerdo con esto, la celda le cumple a Sor Juana la misma fun-

ción que, según Beatriz Pastor, le cumple el término neutro: el “salto del plano histórico al utópico” (232) donde se abre el espacio de resolución simbólica de sus contradicciones como intelectual y como mujer en el mundo colonial (237s).

La cuarta y última sección, “Colapso simbólico y figuración utópica”, contiene los extraordinarios capítulos de “La escritura del trauma” (versiones indígenas de la conquista de México) y “El sueño de la razón” (el utopismo del Inca) a los que ya hemos hecho referencia. Contiene además un capítulo final, dedicado al conmovedor intento de Guamán Poma de enderezar y ponerle remedio al “mundo al revés” de la colonia. El proyecto de Guamán, según Pastor, lo lleva a peregrinar en busca del saber que lo autorice ante el rey español como su interlocutor idóneo dentro de un espacio utópico de negociaciones. Pero la ruta de este peregrino resulta, en la lectura de la autora, circular y fallida: su punto de llegada (físico como simbólico) es el mismo de partida, y “[l]a centralidad ilusoria que alcanzó el peregrino a través del conocimiento se circunscribe al plano utópico. En la realidad histórica su suerte sigue siendo la marginación”. (342) El análisis de este texto y otros similares lleva a la autora a concluir, con suficientes pruebas al canto, que “[d]esde el punto de vista del pensamiento utópico, lo que define el pensamiento de los vencidos frente al de los vencedores es la formulación recurrente de una utopía particular: la de una comunicación posible a través de las fronteras culturales (cultural boundaries) que haga posible una negociación de la alteridad” (343). Demás está decir que aún ahora, después de una larga saga de fracasos, todavía se considera viable y se debate esa utopía cultural, al menos en el mundo andino, y que autores como José María Arguedas, Angel Rama y Antonio Cornejo Polar han empleado parte sustancial de su escritura y su vida en la tarea de hacer que la esperanza sea, al fin, una plasmación positiva.

Es obvio que el recuento anterior constituye una reducción extrema, necesariamente esquemática, por ser una reseña, del libro de Beatriz Pastor. Para hacerle adecuada justicia habría que hablar con más detenimiento de su rica y siempre oportuna erudición, de su pensamiento interpretativo que se muestra agudo, profundo y organizado al punto de presentar un mosaico coherente de lo utópico durante los 200 primeros años de la Hispanoamérica colonial, y de su razón analítica que, como vimos, se revela implacable y exhaustiva, que deja pocos resquicios sin cuidado y casi siempre endereza y aun invierte el pensamiento al uso sobre los autores y tópicos de su interés. Habría que hablar también de cómo este libro ofrece una suerte de convexidad para la concavidad cognoscitiva de su medular trabajo anterior. En efecto, en Discursos narrativos de la conquista: mitificación y emergencia (Premio Casa de las Américas, 1983; segunda edición corregida: Ediciones del Norte, 1988) Beatriz Pastor reveló los artificios con que el sujeto discursivo explica, justifica y aun ameliora su concreta y problemática situación personal ante los ojos de un receptor que le demanda una explicación (Colón teniendo que contentar las expectativas de la corona española y de los empresarios que financiaban su empresa; Cortés tratando de enderezar su accionar para presentar como lealtad al rey lo que en verdad es una desobediencia a la autoridad colonial; etc.). Esta vez, en cambio, la reflexión de Beatriz Pastor cambia el punto de mirada y se concentra en contradicciones que trascienden al individuo y son, por así decirlo, de orden social, porque afectan al grupo o clase de personas por las que habla (escribe) el sujeto del pensamiento y discurso utópicos (el conquistador militar y espiritual frente a su obra destructiva; el vencido de la conquista frente a la pérdida de su mundo; la mujer colonial frente al poder masculino; etc.). Esta vez los actores de la historia americana no tienen tanto que expli-

car sus actos ante terceros distantes y coyunturales, cuanto explicar sus actos ante sí, los suyos y la historia, es decir, justificarse en cuanto sujetos performativos de acciones que tienden al mejoramiento colectivo.

Hay en este libro, sin embargo, aspectos menores que un lector entusiasta no puede dejar de observar bajo una luz algo desfavorable. Aparte de que el volumen circula de modo muy restringido y a costos que sólo las instituciones pueden abordar, la edición es formal y tipográficamente poco seductora, y hasta no muy amable con el sentido de la vista. Además sufre de no pocos acentos ortográficos desubicados, pues muchos faltan y algunos sobran, y aun ciertos signos de puntuación su suman a ese inconveniente. Estas pequeñas cuestiones hacen que la lectura a veces no sea del todo fluida, y que asuntos como la abundancia casuística, la minuciosidad conceptual y el puntillismo explicativo se vean como elementos que injustamente incomodan la máquina y el placer de la lectura. (Nos consta que al momento de escribirse esta reseña la UNAM tiene en prensa una edición corregida y revisada de esta obra, que saldría a la venta antes del verano del 1999.)

Nada —ni los fallos que menoscaban esta primera edición— impide que las abundantes virtudes del libro, las aquí expuestas y las que por razones de espacio no ingresaron en esta reseña, hagan de esta nueva contribución de Beatriz Pastor una lectura imprescindible. Esencial no sólo para los latinoamericanistas especializados en el período colonial, sino para todos los interesados en la historia cultural y social de las Américas, en los estudios literarios, culturales y post-coloniales, y en los estudios de género, clase y raza relacionados con esa vasta realidad.

R.B.

Yaranga Valderrama, Abdón. *El tesoro de la poesía quechua*